

de aterrorizar el corazón más esforzado. Producían á su alrededor espantosos ruidos, y le azotaban cruelmente, diciéndole: « ¿ Que tal te vá en el desierto? Sal de este lugar que es nuestro. » Pero el Santo les opuso la oración y el signo sacrosanto de la cruz, y salió victorioso.

Sin embargo, le habían cubierto de tantas llagas, que á la mañana siguiente no pudo abrir la ventana, y costó mucho trabajo hacerlo á los discípulos de san Hipaco y á otras personas que vinieron á verle. Creyeron en un principio que estaría enfermo; pero les dijo que no tenía otra cosa que el malestar consiguiente al escándalo que en su celda habían producido los malignos espíritus. No se hallaba triste ni apenado, sino dulce y apacible, como hombre que tiene tranquila su conciencia. Recibía siempre con la mayor afabilidad á los que venían á verle, de cualquiera condición que fuesen, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, justos ó pecadores, porque se hallaba animado de la caridad de Jesucristo. Acudían á él lo mismo de Constantinopla y de las comarcas vecinas, que de los países más lejanos, para buscar consuelo en sus aflixiones, y lo encontraban siempre en sus exhortaciones y milagros. Algunos le llevaban obsequios; pero no admitía más que un poco de aceite y de cera, y distribuía los demás entre los pobres.

Detenía á los que venían por la mañana hasta la hora de tercia, y á los que venían más tarde, hasta la de sexta, pues quería que orasen con él, ó que escuchasen alguna lectura, y despues los despedía. Compuso muchos cánticos que hacía cantar en muchos coros, lo que todo el mundo hacía con alegría para glorificar al Señor. Él mismo les animaba con su ejemplo, cantando el himno de los niños en el horno de Babilonia. Las palabras de sus cánticos eran ordinariamente: « El pobre os bendice, Señor, en su pobreza. Gloria sea dado á Vos, Padre celestial, gloria sea dada á vuestro Hijo, gloria sea dada al Espíritu Santo,

que ha hablado por la boca de los profetas. Nos unimos á los espíritus celestiales para alabaros en la tierra, como ellos lo hacen en el cielo, cantando: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. O Creador del universo, hablasteis, y todo fué hecho: quisisteis, y todo fué creado: nos habeis dado una ley, y ésta es inmutable. Dios y Salvador nuestro, os damos humilde acción de gracias. Señor Dios de las virtudes, habeis padecido por nosotros: resucitasteis y aparecisteis á vuestros discípulos. Subisteis al cielo, y desde allí habeis de venir á juzgar al mundo: tened piedad de nosotros y salvadnos. Llenos de miseria y pecados, nos postramos humildemente á vuestros pies, é imploramos vuestra misericordia, pues sois nuestro Salvador y el Dios de los que acuden á vuestra bondad con un corazón sinceramente penitente. Vos que asentais sobre los querubines en las alturas del cielo, tened compasión de estas pobres criaturas y salvadlas. Regocijense los justos en vos, Señor, y que intercedan por nosotros en la presencia de vuestra soberana Majestad. Jesús, Señor nuestro, que sois el Santo de los Santos, á vos sea dado todo honor, á vos sea dada toda gloria. »

Esta era la materia de todos sus cánticos, y estos eran los sentimientos que procuraba inculcar á todos los que acudían á visitarle, haciéndolos cantar á todos, ya hasta la hora de Tercia, ya hasta la de Sexta, como hemos dicho, y despues los despedía, regresando todos á sus casas con el corazón colmado de consuelo y de fervor.

Sus exhortaciones se encaminaban siempre á la huida del pecado, al buen uso de nuestra libertad, á la necesidad de renovar el alma por medio de la penitencia y por la práctica de la virtud, conformándola á la imágen de Dios, desfigurada por el pecado, así como al desprendimiento de

las cosas de la tierra y á la necesidad de merecer el cielo por medio de las buenas obras.

« No debemos, decía, entregarnos al cuidado de las cosas de la tierra, de manera que no consagremos á Dios el tiempo que le debemos, para que Jesucristo dirija todas nuestras acciones, y santifique toda nuestra vida. Nuestro espíritu está oscurecido y nuestro corazón insensible : tenemos necesidad de librarnos de estas tinieblas y de la dureza de este corazón, lo cual no podemos hacer sino por medio de la piedad y del temor de Dios. Si queremos conducirnos con sabiduría, en vez de apegarnos á las cosas del mundo, que no hacen más que ilusionar nuestras almas, levantémonos por medio de la oración á las cosas espirituales, y pongamos en ellas todo nuestro afecto. Todo lo que hay en este mundo pasa con el tiempo, y al apegarnos á él, no experimentamos más que desengaños y agitaciones de espíritu. Es un error gravísimo preferir lo que no sirve más que para extraviarnos, á estos bienes espirituales que se nos prometen. Son muy ciegos aquellos que, entregándose á la avaricia, á la gula y á los placeres sensuales, se privan de estos bienes inestimables. »

« Levantémonos de la culpa que nos ha hecho terrenales : elevemos nuestros afectos á las cosas divinas, y hagámonos dignos de los bienes eternos. Si tenemos la desgracia de caer, no lo atribuyamos á la necesidad, pues no hemos perdido el libre albedrío, y Dios no nos creó malos en un principio, sino que el mal procede de nosotros mismos. El sol alumbra á todos los que tienen los ojos abiertos ; pero los que los cierran sólo á sí mismos deben atribuir el estar en tinieblas. Dejemos, pues, el pecado que desfigura nuestra alma formada á imágen de Dios : quite-mos esta mancha que las afea y desfigura. Devolvámosles su primitiva belleza, renunciando para ello al pecado, y entregándonos á obras de penitencia. Entónces aparecerán

hermoseadas con la hermosura de la gracia, y se harán dignas del reino de los cielos. Para ello no necesitamos separarnos de nosotros mismos, ni ir á países lejanos para buscar el reino de Dios : pues Jesucristo nos dice que está en nosotros mismos, si bién nos está oculto por la fascinación de las cosas del mundo, que nos impiden conocerlo, y que encontraremos ciertamente, si dejamos de entregarnos á las vanidades de la tierra. Esta es aquella dracma de que habla el Evangelio, y que, habiéndola perdido, es preciso buscarla cuidadosamente, si hemos de encontrarla. El pecado es como una escoria que cubre este tesoro perdido : quitémosla y lo encontraremos. »

« Puesto que el pecado nos ha arrojado del paraíso, procuremos volver á él con obras contrarias. Si la voluptuosidad es la que nos ha engañado, que la pureza de nuestra vida y la santidad de nuestras obras nos restituya al primer estado. El cielo no es la morada de los hombres carnales, ni de los que se hallan muertos por el pecado ; sino que es la patria de los vivos y la morada de las virtudes. Conduzcámonos, pues, de tal manera que, cuando nos llegue la hora de la muerte, no tengamos motivos para temer la pérdida de los bienes eternos que nos están prometidos. »

Además de estos consejos generales que daba á todos, recomendaba á los que aspiraban á la práctica de los consejos evangélico, que trabajasen con sumo cuidado en la reforma de su vida, y en renunciar á todo para abrazar la pobreza religiosa ; pero no quería que ninguno abrazase este género de vida sin haber consultado la vocación divina no sea que, haciéndolo con ligereza y por un fervor pasajero, se arrepintiese para volver nuevamente al mundo.

Estos discursos y otros semejantes que hacía todos los días, penetraban de tal suerte el corazón de los que le escuchaban, que muchos le rogaron que les vistiese el há-

bito monástico, y se retiraron á diferentes lugares para vivir en soledad, y otros permanecieron junto á su celda. Había entre estos uno llamado Basilio, el que, impresionado con lo que le había oído acerca de la vanidad de las cosas de la vida, y de la felicidad que se promete á los que renuncian á los bienes de este mundo, le pidió que le vistiese de un hábito igual al suyo. El Santo le dió la piel de una oveja que llevaba, y Basilio se retiró á la altura de una montaña, que distaba ocho leguas, y en la cual construyó una celda. Los demonios le combatieron con diferentes tentaciones, y le dieron tantos golpes, que lo dejaron sin movimiento y sin palabra. Habiendo llegado á su celda algunas personas con objeto de encomendarse á sus oraciones y de pedirle su bendición, creyeron que estaba muerto, y le llevaron en un carro al lugar en que moraba el Santo, el cual, al verle, le dijo: « Recibe poder contra el tentador, y no temas su malicia. » Al punto se levantó Basilio, y habiéndole dado su maestro el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, le ordenó que volviese á su celda. En ella pasó otros tres años en una grande perfección, sin que los demonios se atreviesen á tentarle, y fué á gozar en la eternidad el fruto de sus buenas obras.

Una noche decía el Santo en su celda el oficio de Maitines, mientras que oraban también los que estaban fuera. Abrió su ventana, y dijo tres veces en alta voz: « Bendito sea Dios. » En seguida bajó su cabeza, y dijo lanzando un profundo suspiro: « Hijos míos, la gran luz del Oriente se ha extinguido: Simeón, nuestro padre, acaba de morir. » No se pudo oír lo que decía, porque estaban cantando himnos en alta voz, por lo cual repitió nuevamente. « Nuestro padre san Siméon, que era la columna y el apoyo de la verdad, descansa en paz, y su alma tan pura no se ha desdeñado hacerme saber su glorioso tránsito, aunque no soy más que un pecador inútil al mundo. » Se tuvo pre-

sente la hora en que anunció este suceso, y algunos días después el emperador León, que había sucedido á Marciano recibió la noticia de la muerte del gran Estilita. Entónces se comprobó que había acontecido en el mismo momento, en que había sido anunciada por el Santo.

Muchas mujeres, que venían á oír sus exhortaciones, quisieron renunciar al mundo y abrazar la vida religiosa. Entre otras muchas se distinguieron Eleuteria y Cosmia, que habían ejercido cargos de importancia cerca de la emperatriz Pulqueria. El Santo les hizo pasar por penosas pruebas ántes de permitirselo, exponiéndoles que podían servir á Dios con toda fidelidad en su estado; pero viendo su perseverancia y el fervor con que se consagraban á la mortificación, accedió á sus piadosos deseos. Muy pronto les siguió otra tercera, cuyo nombre no dice el historiador. Les dió reglas muy perfectas de vida, y por hábito un cilicio y un manto muy largo. Otras muchas, que, á consecuencia de los discursos del Santo, quisieron renunciar al mundo y consagrar á Dios su virginidad, se unieron á ellas llegando su número hasta el de setenta.

Les hizo construir celdas y un oratorio, mientras se les edificaba un monasterio en un paraje llamado Gireta, á una media legua de su caverna y á las faldas de la montaña. Tal fué el origen del monasterio de religiosas de Bitinia, llamado Triquinario, ya á causa de los caminos difíciles que á él conducían, ya por el áspero hábito que llevaban. Mientras se edificaba su monasterio, iban todos los miércoles á la caverna del Santo para oír sus exhortaciones, y los domingos para recibir la santa Eucaristía, lo cual demuestra que en ella celebraba los divinos oficios.

Les recomendaba que se conservasen en una gran pureza de espíritu y de cuerpo: que demostrasen con su fidelidad al Esposo celestial la gracia que les había concedido de renunciar al mundo; que vigilasen con grande

atención sobre sus sentidos, para que no se turbase la paz de sus almas, y que domasen la carne por medio de la penitencia. Tales son en sustancia las exhortaciones que les dirigía, y que su historiador refiere en un largo discurso.

Por último, aún cuando no había salido de su celda, desde que á su regreso de Calcedonia se encerró en ella, lo hizo en los últimos días de su vida para visitar el monasterio de sus religiosas, que entónces se estaba construyendo. Allí elevó al cielo ferviente oración para alcanzar abundantes bendiciones para aquella casa, y para los que habían de visitarla, y volvió á su caverna seguido de una gran multitud que le acompañaba. Tres días despues se vió acometido de una enfermedad, que, á los diez, le llevó al sepulcro. Murió en 14 de febrero, en cuya dia celebran su memoria tanto la iglesia griega como la latina; pero se ignora el año en que acaeció. Es seguro que fué despues de la de san Simeón Estilita, que murió en 459, y ántes de la del emperador León, y por consiguiente, ántes del año 474. Asistió á sus funerales una concurrencia extraordinaria, tanto de clérigos como de religiosos de diferentes monasterios. No podían dejar de hacerlo los de san Hipaco, que desearon que el santo cadáver fuese depositado en la iglesia de los santos Apóstoles. Otros pidieron que lo fuese en la de san Zacarías; pero no fué posible desatender las lágrimas de sus religiosas. Así pues, se le enterró en su oratorio, por lo cual se le dió á éste el nombre de cementerio de san Auxencio. El autor de su vida la termina llamándole nuestro padre Auxencio, sacerdote y archimandrita, lo que demuestra que fué elevado al sacerdocio, y que no léjos de su caverna había un monasterio que dirigía. Los griegos dicen que en el monasterio de Calistrato, en Constantinopla, se celebraba una fiesta en su honor.

El de religiosos subsistía trescientos años despues, y la caverna del Santo fué sucesivamente habitada por santos personajes, y entre otros, por Sergio, Bendimiano, Gregorio, Juan y el célebre san Estéban el Jóven. De Sergio aprendió el autor de la vida de san Auxencio la mayor parte de los hechos que refiere, y que son indudables, por lo mismo que fué testigo de ellos y fiel imitador de sus virtudes. Era natural de Mesia, y conservaba el lenguaje bárbaro de su país; pero su espíritu no conservaba ningunos restos de barbarie. Desde que se puso bajo la dirección del Santo, no usó vino, ni aceite, ni frutos; su alimento consistía en pan y agua con algunas legumbres, y nunca se quedaba satisfecho. Pasaba casi toda la noche en oración, y de dia se ocupaba en hacer pequeñas cruces que daba á los que venían á verle, y que las recibían como bendiciones del cielo.

Bendiano ó Bendimiano fué también discípulo del Santo. Permaneció algún tiempo en su celda, y poco despues construyó otra en un paraje muy estrecho, entre dos montañas, cerrándola por todas partes para estar enteramente incomunicado con el mundo. En esta reducida celda pasó cuarenta años. La iglesia griega lo celebra el primero de febrero.

San Auxencio tuvo otros muchos discípulos muy recomendables por su virtud.

---

#### SAN DANIEL ESTILITA, SACERDOTE Y ABAD EN CONSTANTINOPLA.

Daniel, ese hombre extraordinario, como le llama Teodoro el Lector, título que mereció por la austeridad de su